



Revista de Estudios de Género. La ventana

ISSN: 1405-9436

revista_laventana@csh.udg.mx

Universidad de Guadalajara

México

Bifani-Richard Figueroa Perea, Patricia
Género, el modelo neoliberal y las heridas a la cotidianidad
Revista de Estudios de Género. La ventana, núm. 24, 2006, pp. 57-117
Universidad de Guadalajara
Guadalajara, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88402404>

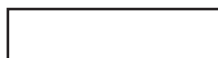
- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

GÉNERO, EL MODELO
NEOLIBERAL Y LAS HERIDAS A
LA COTIDIANIDAD

Patricia
Bifani-Richard
Figuerroa Perea



Se comienza aquí con una pregunta de índole muy general que da el marco global a esta reflexión. Ésta es: ¿puede un modelo económico, con sus orientaciones, medidas, prioridades y políticas, afectar el diario vivir? O, en otros términos, ¿pueden las decisiones macroeconómicas llegar a los hogares y afectar la vida cotidiana de hombres y mujeres, las relaciones sociales que han entablado y sus formas de inserción en la sociedad inmediata y global?, ¿pueden afectar sus proyectos de vida y de realización y sus estrategias para llevarlos a cabo? Y más específicamente, ¿qué medidas y qué orientaciones tienen un impacto particular sobre las condiciones previas de género y por qué? Sin duda, esta pregunta no es nueva y en las últimas décadas ha sido formulada y analizada múltiples veces desde distintos ángulos y en diferentes realidades. La abundante literatura que se generó a raíz de los programas de ajuste estructural, puestos en práctica en la década de los ochenta a instancias del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional,¹ muestran que hombres y mujeres tendieron a emplear estrategias de sobrevivencia diversas y que sufrieron distintos impactos debido a cambios en las políticas globales. Un estudio que causó gran impacto al respecto fue el de Cornia, Jolly y Steward, Ajuste con un rostro humano² que, con gran precisión metodológica y una rica casuística, muestra las reacciones de hombres y mujeres frente a la disminución de los recursos disponibles en el ámbito de los hogares. Esta y otras investigaciones abren una vía rica en sugerencias para

planificadoras/es del desarrollo, al identificar formas de impacto de los agregados macroeconómicos en los grupos más vulnerables.³

Mediante su efecto sobre los ingresos: al afectar los salarios y las tendencias en el empleo en el sector formal y, de un modo más indirecto, las oportunidades de generar ingresos en el sector informal.

Al afectar las disponibilidades y los precios de los mayores ítems de consumo de los hogares de bajos ingresos, particularmente el alimento.

Por su efecto sobre los gastos gubernamentales, en especial en los sectores sociales.

Para desarrollar el punto de vista que se propone en este artículo se examinarán algunas orientaciones, medidas y decisiones que emanan del presente modelo de desarrollo⁴ y que se juegan más allá del poder de decisión de cada individuo y de cada hogar. Bajo su influjo, la cotidianidad se convierte en el punto de convergencia de estas determinaciones, susceptibles de alterarla o de desestructurarla. El supuesto básico que guía la presente reflexión es:

- a) Que todas las fuerzas que desestructuran la cotidianidad tienen un impacto diferencial para hombres y mujeres, debido a su diferente

posición dentro del sistema social, y

- b) que las medidas propugnadas por el presente modelo de desarrollo son particularmente desestructurantes de la cotidianidad de los grupos más vulnerables, tendiendo a acentuar desigualdades socioeconómicas y de género

La cotidianidad comporta una rutina de actividades cuyo escenario es el hogar, habitualmente con el nudo de relaciones interpersonales, jerarquías, afectos y responsabilidades que se entablan entre las personas que comparten un mismo techo o que comparten quehaceres comunes dentro de una comunidad o institución. Estas relaciones y actividades proporcionan seguridad, sentido de pertenencia e identidad. Sin embargo, un sinnúmero de fuerzas que se generan a nivel macro-económico y macro-político son capaces, a veces, de producir un verdadero desgarramiento del tejido social. Dichas fuerzas son, entre otras, la violencia de masas, que conlleva pérdidas y desplazamientos; la violencia económica, que determina migraciones de uno o más miembros del grupo de próximos por destrucción, pérdida de control o menoscabo de los medios de subsistencia y de los recursos necesarios para una vida digna; la violencia social y cultural que se traduce en exclusión, marginalización y discriminación de grupos etarios y de género, y que se hace presente en todos los ámbitos: el de la información y comunicación, el del intercambio económico y social, el de los procesos decisionales, por nombrar sólo algunos.

El desgarramiento más violento y brutal de la trama de relaciones humanas inmediatas y de los ritmos de vida proviene de la guerra, decidida en

otras esferas y en función de intereses cuya legitimidad no puede sino ser siempre espúrea en relación con su costo en vidas humanas. De acuerdo con estimaciones, más de 191 millones de personas perdieron la vida, directa o indirectamente, en los 25 mayores conflictos armados ocurridos en el siglo xx.⁵ Mientras en el pasado se enfrentaban los combatientes, hoy en día nadie está dispensado del poder destructivo de la maquinaria organizada e intencional de la muerte, lo que se aprecia en el total desprecio por las víctimas civiles: en la primera mitad del siglo xx, éstas alcanzaban 50% de los afectados. En el año 1974 esta cifra había llegado a 74% y al fin de la guerra fría, 90% de los estragos afectaban a la población civil. Como se puede constatar, la mayoría de las víctimas civiles son mujeres y niños. La destrucción de la cotidianidad por la dispersión de las familias y la desaparición de algunos de sus miembros es, como afirma la Cruz Roja, una de las consecuencias más trágicas de los conflictos armados. Los sobrevivientes no sólo no pueden hacer su duelo, sino que no cuentan con los derechos legales para reclamar su herencia, sus derechos a la tierra y a la tutela de sus hijos.

El flagelo de la dispersión se emparenta con el desplazamiento de poblaciones y la migración forzada. Por no señalar sino un par de los incontables ejemplos, cabe recordar el éxodo que se iniciara en 1992 en Sudán, cuando 1.8 millones debieron abandonar sus hogares en el sur y avanzar hacia Kartum, bajo la presión de la guerra civil y de la sequía. Casi medio millón de ellos, compuestos de mujeres y niños, fueron forzados por el gobierno a abandonar sus refugios e internarse una vez más en el

desierto, sin agua ni alimentos.⁶ Han pasado más de diez años de este suceso y las poblaciones fragmentadas y separadas de sus raíces y de sus medios de subsistencia siguen viviendo en un infierno de hambre, precariedad y violencia en los campos de refugiados de Darfur, en Sudán. Estas mujeres no sólo tienen pocas o ninguna oportunidad económica, sino que cualquier desplazamiento en busca de agua, leña o pasto, las transforma en víctimas de violaciones, esclavitud sexual y secuestros.⁷ Como se verá más adelante, pese a que muchos conflictos bélicos aparecen como motivados exclusivamente por razones étnicas o religiosas, en la mayoría de los casos la guerra tiene que ver, directa o indirectamente, con la pugna por los recursos estratégicos que sustentan los patrones tecnológicos y económicos vigentes. Sudán, el país más vasto de África, no es una excepción. A la mezcla de población negra y árabe y de religiones islamista, animista y cristiana, se añade un suelo rico en minerales: oro, cobre, tungsteno, cromo, zinc, plata, mica, pero sin duda su recurso más codiciado son sus ricas reservas de petróleo, que lo colocan entre los nuevos productores, con un proyecto de explotación en el sur del país que coincide con el desplazamiento de poblaciones en esa región.

Migraciones intrarregionales e internacionales debidas a conflictos bélicos o a la búsqueda de nuevos horizontes laborales y mejores condiciones de vida, se han convertido en uno de los fenómenos más visibles de las últimas décadas. En general, la migración laboral ha sido más común entre los hombres y se convirtió en la estrategia por excelencia en países que sufrieron de conflictos bélicos. Por ejemplo, en Mozambique y Guatemala, la migración masculina, si bien trajo consigo

una fuente de ingreso, también resultó muy a menudo en un quiebre de las relaciones previas, dejando a las mujeres aún más vulnerables. En Mozambique, el flujo de tropas internacionales incrementó la demanda de prostitución: "Las mujeres cuyos maridos perecieron o migraron entablaron a menudo relaciones de explotación con hombres como medio de protección física y económica. A pesar de que fueron capaces de suplir las necesidades de sus familias... se vieron expuestas a las enfermedades transmitidas sexualmente, incluyendo el sida"⁸

A partir de los años ochenta, América Latina y el Caribe presentan una peculiaridad que es el predominio creciente de la migración femenina. Ilustra esta situación la relación que existe entre hombres y mujeres migrantes, como es el caso de colombianos en Venezuela y Ecuador (91.4 y 89.2 hombres por cada cien mujeres, respectivamente). El caso de los peruanos y peruanas en Chile es más extremo, ya que hay 66.5 hombres por cada cien mujeres. Con todo, hay excepciones a esta tendencia general, que tienen relación con los mercados de trabajo de los países emisores y receptores. Además de la feminización de los flujos migratorios, existe una concentración de los mismos en las zonas urbanas. La cepal hace notar que "los movimientos migratorios se ajustan a los requisitos de la nueva economía global, que demanda, entre otras cosas, trabajo altamente flexible del que se extrae la fuerza productiva sin que ello implique asegurar de manera digna la reproducción del trabajador".⁹ Responsabiliza de ello a la creciente desigualdad y asimetría que genera la economía global, las cuales pro-

ducen las condiciones ideales para la provisión permanente de mano de obra dispuesta a trabajar por salarios mínimos y en situaciones de precariedad. No es raro encontrar la expresión "familias transnacionales" para aludir a estas familias desmembradas por las demandas económicas que emanan de las políticas globales adoptadas. En ellas se ha producido una rearticulación y una redefinición de los roles tradicionales de género, puntualiza el mismo informe de la cepal, ya que cuando la mujer se queda debe asumir roles considerados como masculinos, sobre todo en la cultura latinoamericana y viceversa.

El cambio o cesación de las actividades de uno o más de los miembros del hogar, que repercute necesariamente sobre el resto de los miembros del mismo y sobre el bienestar de todos ellos, es otro elemento de ruptura de la cotidianidad. Las constataciones en torno al así llamado "modelo de la eficiencia"¹⁰ que supone el manejo, por parte de las mujeres, de un "tiempo elástico" frente a las crecientes demandas económicas generadas a raíz de los programas de ajuste estructural, constituyen una de las tantas evidencias al respecto. Esta utilización extrema del tiempo se ha reflejado, entre otros aspectos, en el incremento de las horas que las mujeres invierten trabajando tanto fuera como dentro del hogar. Estudios realizados tanto en África oriental como en África occidental muestran que en los hogares donde las mujeres han aumentado sus ingresos produciendo cereales y azúcar para la exportación, el estatus nutricional de las mujeres y de los niños dentro de esos mismos hogares ha empeo-

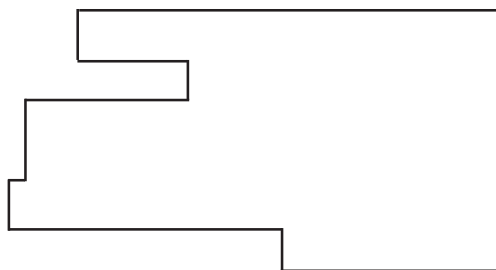
rado.¹¹ El aumento de tiempo invertido en trabajo fuera del hogar está demostrado por las cifras de ingreso al mercado laboral: entre 1980 y 1990 las tasas de actividad económica de las mujeres crecen en todo el mundo, excepto en África subsahariana, donde ya alcanzaba a más de 40% del total, en algunas partes de Europa, Asia central y Oceanía. El mayor incremento es el que se produce en América Latina.¹² Al mismo tiempo, la cotidianidad se distorsiona por el recargo del trabajo necesario para la reproducción de la fuerza laboral. Los recortes en los gastos públicos de salud, educación y servicios públicos en general incrementan el trabajo de las mujeres en las actividades tales como cuidado de los enfermos y de los ancianos, servicios comunitarios, trabajos de infraestructura, etc., a los que se añaden otros destinados a producir ciertos bienes que antes se adquirían en el mercado: jabón, aceite y otros. Los lazos de ayuda mutua se intensifican y el flujo de remesas de los miembros de la familia que han migrado ha pasado a constituir una parte importante de los presupuestos familiares y nacionales. La creciente informalización y precarización que acompaña al trabajo femenino es, sin duda, un factor más pero no menos importante de alteración de la cotidianidad y del quiebre del marco de seguridad mínimo que permite proyectar un futuro y planificar un presente. Se añade a este hecho la constatación de que este esfuerzo sobre el tiempo hábil de las mujeres se produce básicamente durante sus años reproductivos: las mujeres ingresan en la fuerza laboral a los comienzos de sus veinte años, dejan su trabajo alrededor de los 30 para criar y educar a sus hijos y lo retoman más tarde. Las mujeres latinoamericanas y caribeñas por lo general no muestran signos de un

¹¹ Ver, por

reingreso a la fuerza laboral.¹³

Las nuevas oportunidades de empleo femenino en los sectores industrial y de servicios han traído también consigo cambios en el diario vivir y en las relaciones de género al interior del hogar. Se dice que los beneficios de estas oportunidades son ambivalentes, en la medida que representan para muchas mujeres un nuevo estatus y un mayor poder negociador que emana de su calidad de asalariada, al mismo tiempo que reproduce las condiciones de explotación y subordinación tradicional al ámbito laboral.

En síntesis, la experiencia ha demostrado que hoy, más que nunca, la impronta de lo global marca individuos, desempeños y regiones y que la opción ideológica que se concreta en el modelo neoliberal tiene tentáculos que alcanzan al ser humano en su interioridad, en su mundo relacional y en su desempeño laboral. Este gran modelador de la vida y aun del destino que es el sistema económico vigente modela, sobre la materia ya existente, una materia desigual en todos los aspectos: en su acceso y control de los recursos que le permiten vivir y realizarse, en su capacidad de vincularse y beneficiarse con las oportunidades que el sistema ofrece, en su posibilidad de comunicar necesidades y deseos e imprimir directivas al sistema que lo mueve y lo determina. "Las desigualdades de género, un aspecto importante pero a menudo descuidado del desarrollo humano, median las relaciones entre políticas comerciales y desempeños comerciales. A causa de la omnipresente discriminación de género en la vida económica, hombres y mujeres se ven afectados diferentemente por las políticas comerciales".¹⁴



Siguiendo el hilo de esta reflexión, abordaremos dos órdenes de elementos que permiten caracterizar esta impronta que hoy encauza la vida social en su totalidad: en primer término, aquéllos

que determinan una receptividad diferencial al proceso de desarrollo en curso y, por ende, afectan la actividad laboral entendida en su sentido más extenso y, en segundo término, algunas peculiaridades del modelo de desarrollo actual y de su capacidad para crear e incrementar desigualdades. Luego se examinarán casos específicos que ilustran la doble huella, aquella de género y del proceso de desarrollo neoliberal en hombres y mujeres sometidos a diferentes tipos de presiones sociales. Terminará este recorrido con algunas reflexiones sobre un escenario futuro deseable.

El tema del trabajo, del empleo y de lo que cada quien puede ofrecer a la sociedad en términos de capacidades, destrezas y mano de obra en general es quizá, en estos momentos, el tema más candente de la agenda internacional. El mundo del trabajo y de las ocupaciones que realizamos día a día, a veces en el ámbito de lo no visto ni considerado como objeto de valor, constituyen la sólida red que sostiene la trama de nuestra cotidianidad. Sin duda hay en estas actividades una serie de elementos que no necesariamente fluyen

de talentos y disposiciones; más bien entran en el marco determinado y, por qué no, determinístico de una asignación de roles temprana y excluyente. Lógicamente, la interrogante que surge concierne la



mecánica subyacente a esta distribución de lo que será nuestra actividad de base, nuestra actividad vinculada estrechamente a la realización de lo que cada quien

desarrollará para su expansión y realización como seres humanos.

Para ingresar en el mercado laboral y para desempeñar la infinidad de tareas que hombres y mujeres ejecutan diariamente, hay un encasillamiento previo, un determinismo que parece sustraerse a la lógica y, ciertamente, a la realidad. Existe una serie de destrezas y sensibilidades que parecen acompañar a la naturaleza humana y estar sólidamente incorporadas en sus códigos genéticos. Sin embargo, como hace notar la onu,¹⁵ "la incapacidad para ver más allá de los estereotipos de género y reconocer la infinidad de roles que hombres y mujeres juegan, refuerza supuestos erróneos acerca de sus capacidades y necesidades".

Hoy en día, el término globalización ha pasado a ser un término corriente en la jerga diaria.¹⁶ Sin embargo, su significado resta ambiguo. En la presente fase del proceso de desarrollo puede decirse que la globalización tiene dos rostros que tienden a mirarse como si fuesen

sinónimos: el “primer rostro” es el que se nos revela a través del incremento del intercambio comercial, financiero, de información, de tecnología, entre regiones y países, y que es la consecuencia lógica de las mayores facilidades de comunicación e información y de movilidad y de la explosión casi incontrolable de la ciencia y la tecnología.

La globalización incorpora y relaciona dimensiones económicas, sociales, culturales, ambientales y políticas a una escala nunca vista previamente, a la vez que acentúa la imposición de relaciones de dominación y de abusos de poder también en dimensiones inéditas. Este último aspecto, llevado a escala planetaria, se traduce en un clima social explosivo, que tiende a confrontar grupos sociales desiguales y a diezmar poblaciones civiles y regiones extensas del planeta.

En la ceñida trama de relaciones internacionales, magnificada por medios de comunicación de masas sesgados e impositivos, se enfrenta una ola de homogenización cultural a una pugna de identidades. El auge de los intercambios a nivel mundial, que hubiese podido augurar una era de enriquecimiento mutuo, se ha pervertido para transformarse en un instrumento más de subyugación, de exclusión y de falta de reconocimiento de la diversidad cultural.

El avance casi incontrolable de la ciencia y la tecnología, con el consiguiente incremento de las capacidades del ser humano para prodigar bienestar a sus poblaciones y proteger su entorno, va aparejado con su creciente control y apropiación por parte de grupos

de poder que la subordinan a sus intereses, a la vez que fortifica el instrumental armamentista y su poder de destrucción.

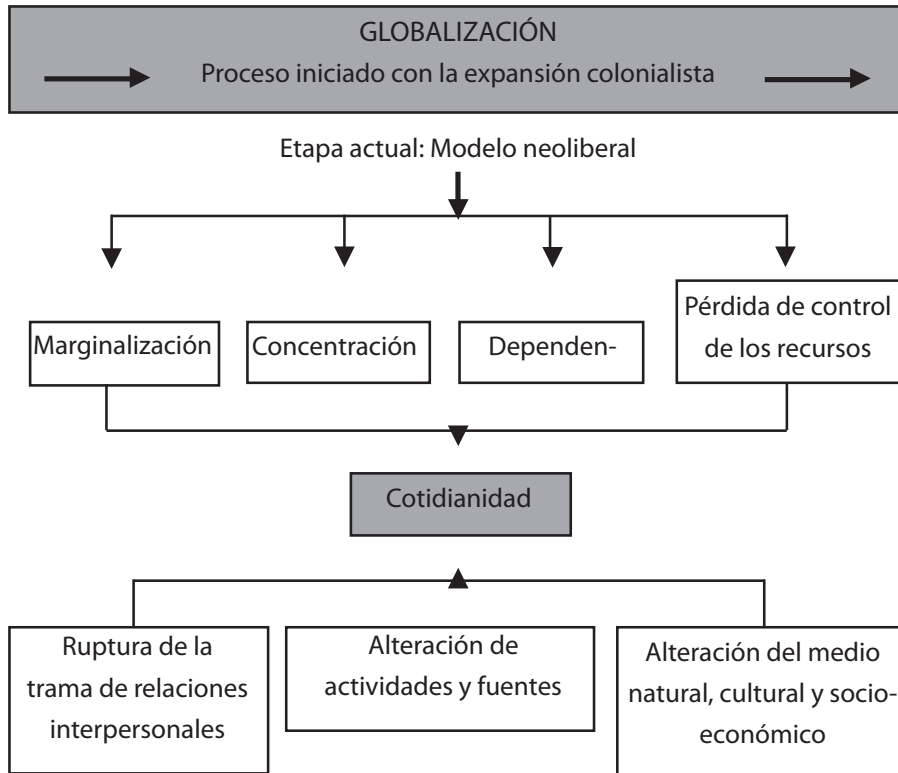
Los mecanismos tradicionales de protección ciudadana, representados tradicionalmente por el Estado, se han debilitado en sus funciones, en su acción moderadora y en sus prestaciones colectivas sin ser reemplazadas por instituciones equilibradas de gobernabilidad global, capaces de imprimir orientaciones igualitarias y respetuosas de los derechos humanos. El Premio Nobel Joseph Stiglitz¹⁷ hace notar que en un momento en que la necesidad de instituciones internacionales es más fuerte, la confianza en aquéllas que existen, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, es más débil que nunca. La necesidad de instituciones globales que puedan abordar los problemas planetarios de un modo integrado sin atentar contra la soberanía de los Estados se torna apremiante.

La pugna entre el lucro en el corto plazo y la utilización sostenible de los recursos naturales parece haber alcanzado límites dentro de los cuales una gestión racional de los mismos se torna cada vez más conflictiva. Es también un área de confrontación donde los desequilibrios de poder y de consumo se hacen más evidentes.

A los aspectos ya mencionados se agrega un segundo rostro del modelo de desarrollo vigente, que no es sólo el resultado de un proceso histórico sino de la adopción de una ideología y de una política global, con sus formas de reglamentación y sus acuerdos: ésta es la ideología neoliberal que instrumentaliza en su favor la teoría tradicional del libre comercio, que funciona bajo el aura de la competencia. Si igualamos

la globalización en tanto que proceso histórico, definida por el pnud como una "mayor integración económica, eliminación de fronteras y aceleración del tiempo" con este segundo rostro, básicamente ideológico, creamos una confusión que distorsiona la acción o banaliza los argumentos contrarios a la ideología imperante. Este hecho se produce

e j e m p l o ,
 Lourdes Ben-



muy corrientemente en los movimientos populares de protesta, que pierden de vista al enemigo real y debilitan así su capacidad de influenciar decisiones, y dejan de lado lo que se quiere cambiar para combatir vulnerabilidades, para erradicar la pobreza, para hacer de los derechos humanos una ley universal y de la equidad de género y equidad entre grupos sociales, su corolario lógico.

Es evidente que la globalización, entendida como un proceso histórico y caracterizada por el incremento del intercambio entre regiones y países, es algo que no podemos revertir ni detener, porque no podemos desaprender ni retroceder en comodidad ni en conocimiento. No podemos renunciar al correo electrónico ni a los adelantos médicos, ni a los medios de transporte modernos ni a la infinidad de innovaciones tecnológicas de las que algunos ciudadanos se sirven a diario. Como se ha señalado, "la globalización es un proceso dinámico histórico, y en cuanto tal irreversible, la historia se mueve en una sola dirección y la vuelta al pasado no es posible".¹⁸

Si bien el curso de la globalización no puede revertirse, las ideologías sí cambian y pueden ser cambiadas si sus beneficios no son extensivos a la mayoría de las poblaciones y a sus grupos más marginalizados. Las ideologías que no promueven el bienestar sino el consumo afluente de

algunos y la miseria de muchos, que son destructivas del medio ambiente y que generan desigualdades extremas, no pueden constituir el motor que orienta el

progreso humano. Sin embargo, no es fácil detenerlas: “Los efectos de las medidas de estabilización en el corto plazo son inquietantes, pero pueden ser revertidas”, dice Jayati Ghosh.¹⁹ “Los efectos probables de la liberalización en el largo plazo, que tienden hacia una orientación creciente hacia el mercado, son pre-ocupantes no solamente porque sus medidas influyen sobre las condiciones materiales de las mujeres, sino también porque ponen en movimiento, a más largo plazo, a la economía, a la sociedad y a la ideología. Estas tendencias serán mucho más difíciles de reinvertir”. La toma de posición de Jayati Ghosh sobre la necesidad de considerar la estrategia macro-económica desde el punto de vista de su impacto global sobre la economía y sobre la sociedad, dentro de una perspectiva sensible a las necesidades y condiciones de las mujeres, se adecua a la presente línea de análisis.

La creencia en las bondades del modelo vigente, y al hablar del modelo vigente se está calificando el proceso creciente de intercambio que acompaña a la globalización más la adopción de una ideología, la del libre comercio, no son compartidas unánimemente. El debate en torno a la función del comercio en el crecimiento económico y la erradicación de la pobreza se remonta a varias décadas y ocupa un lugar central en la ciencia económica.²⁰ Quienes están a favor de un comercio más libre argumentan que éste se traduce en crecimiento y que el crecimiento reduce la pobreza. Asume que las tarifas a las importaciones y los subsidios generalmente benefician a los poderosos,

protegiendo a unos pocos a expensas de las mayorías y que la reducción de las barreras al comercio trae como consecuencia mayores niveles de producción y de crecimiento. La especialización de la producción de acuerdo con las ventajas comparativas de cada país lleva a una mejor asignación de recursos en la economía mundial.

Por su parte, los críticos de este modelo denuncian la inadecuada consideración que se hace de las imperfecciones del mercado y de las relaciones de poder desiguales que guían los procesos de negociación multilateral del comercio. La liberalización del comercio, hacen notar, perjudica la seguridad alimentaria porque beneficia sólo a los grandes agricultores, orientados hacia la exportación, y da lugar a los incentivos de escala y la concentración, a la vez que margina a los y las pequeñas agricultoras, creando desempleo y pobreza. Tampoco ofrecen garantías de que todos se beneficiarán, incluso en el largo plazo y que, en realidad, son los miembros más pobres y vulnerables de la sociedad los que sufren las consecuencias del proceso de reforma (fao). Otras opiniones concuerdan con señalar que "el sistema de reglamentaciones y acuerdos²¹ que actualmente gobiernan el comercio internacional se basa en la idea ampliamente aceptada que la expansión del comercio internacional es benéfica para todos los

países y todos sus ciudadanos". Sin embargo, "no hay garantías que el desarrollo económico y los benefi-

cios del comercio 'goteen' o 'rebalsen' hacia el conjunto de la sociedad o que los indicadores macro-económicos tradicionales, tales como el pib, den cuenta de un modo fidedigno de los incrementos o bajas de los niveles de vidas y de bienestar de todos sus ciudadanos".²² Hoy en día, el mundo del empleo y el mundo en su totalidad parecen movidos por una sola fuerza, por un único conjunto de valores y objetivos, por una misma dinámica envolvente y exclusivista que favorece y privilegia despiadadamente la competencia y el lucro y frente a los cuales los seres humanos, hombres y mujeres, pierden relieve, dejan de ser importantes, dejan de contar como fines o metas del desarrollo y del crecimiento económico para transformarse en autómatas desprovistos de humanidad. Descubrir la falla, identificar el motor de esta carrera frenética hacia una mayor desigualdad, exclusión e inseguridad, representa un aspecto fundamental para la planificación del desarrollo en todos los ámbitos y para el surgimiento de una conciencia crítica y la generación de alternativas centradas en los seres humanos.

Un aspecto que sí se ha comenzado a reconocer es el fruto más acerbo de la opción ideológica adoptada: el de la desigualdad. Ésta, que impregna la cotidianidad y las opciones laborales, tiene su expresión



global en el incremento de la brecha entre países ricos y países pobres: 80% del producto interno bruto global está

en manos de sólo mil millones de personas; es decir, de un sexto de la población mundial, que forman parte del mundo desarrollado. El otro

20% es compartido por los 5,000 millones de personas restantes.²³ Este incremento de la brecha es un proceso sostenido que se magnifica cada vez más, como se refleja en el coeficiente de Gini, que aumenta de 0.66 en 1965 a 0.68 en 1980 y sube violentamente a 0.74 en 1990.²⁴

Hay un dato que resulta altamente ilustrativo de la distribución de los recursos en el mundo y de las prioridades que se asignan a dichos recursos: 35 mil millones de dólares americanos se gastan anualmente en perfumes y cosméticos en los países industrializados, lo que equivale a la mitad del monto total de la Ayuda Oficial al Desarrollo (oda)

Las mujeres se encuentran, en forma desmedida, en el lado de los más desfavorecidos, situándose entre los más pobres de los pobres. Su “ventaja comparativa” para acceder al mercado laboral descansa en su menor costo, derivado de salarios inferiores y de sus pobres condiciones laborales.

Development,
and Globaliza-

Se dice que la liberalización del comercio tiene potencial para mejorar las oportunidades y los ingresos de algunos hombres y mujeres, mientras otros enfrentarán riesgos e inseguridades. En las dos últimas décadas ha habido un creciente interés por evaluar el impacto de género de estas políticas. Las investigaciones llevadas a cabo sugieren una relación de doble vía: por una parte, se ha constatado que las políticas macroeconómicas tienen distintos impactos de género debido a la posición diferencial de hombres y mujeres en el mercado laboral y en

los mercados en general. Por la otra, la discriminación de género no permite al sistema responder de un modo equitativo a los beneficios asociados a la expansión y liberalización del comercio.²⁵ Un aspecto sobre el cual hay acuerdo es que este proceso implica cambios y ajustes.²⁶ Según señala el Banco Mundial,²⁷ “la liberalización del comercio ‘trabaja’ estimulando cambios en la mano de obra y el capital, y habrá ganadores y perdedores, al menos en el corto plazo”. Los factores que determinan los costos y beneficios de la liberalización del comercio son los activos o recursos con los que cada cual cuenta al comenzar el proceso.²⁸ No todos los países, compañías, productores y comerciantes entran en el mercado en las mismas condiciones y no todos pueden ser competitivos. Como se ha hecho notar, “los pequeños y los pobres tienen que competir con los poderosos y ricos”.²⁹ Como enfatiza la cida, aquéllos que tienen ya acceso a la tierra, la infraestructura y los mercados, tienen más probabilidades de situarse entre los ganadores que quienes no cuentan con estos recursos. Y continúa: “Ningún país que ha emprendido la liberalización lo ha hecho desde un punto de igualdad entre hombres y mujeres”. De hecho, hace notar la cida:

Hombres y mujeres tienden a trabajar en diferentes sectores y a producir diferentes bienes (cida). Pese al aumento de la presencia femenina en el sector no-agrícola asalariado, la mayoría de ellas sigue encontrándose, de preferencia, en el sector agrícola y en el sector informal. Este último absorbe, aproximadamente, 60% de las mujeres trabajando fuera del sector agrícola. Una parte importante

de ellas se desempeña como comerciantes ambulantes y como trabajadoras a domicilio. Cabe recordar que las comerciantes ambulantes, especialmente las vendedoras callejeras, representan entre 30 y 50% del empleo informal.³⁰ En ciertas regiones, como África subsahariana, prácticamente todas las mujeres que no trabajan en el sector agrícola lo hacen en el sector informal (97% en Chad y Benín, 96% en Mali).³¹ ¿Qué significa esto? Por una parte, que pese a su importante contribución al pib, su trabajo no es contabilizado ni incluido en las cuentas nacionales, como sucede también con las actividades destinadas a reproducir la fuerza de trabajo y con las actividades de subsistencia no comerciales, destinadas al consumo doméstico. La subvaluación de estas actividades impide que sean consideradas en las políticas y estrategias de desarrollo. Por otra parte, el tipo de bienes que se producen en el sector informal no cumplen con los requisitos necesarios ni son producidos a escalas suficientes como para competir en los mercados. Por lo tanto, son actividades y bienes que, pese a su importancia para la sobrevivencia, conllevan marginalización, poca o ninguna posibilidad de superación, ningún reconocimiento social y una gran precariedad. Las mujeres cuentan con menos activos que los hombres, entendiendo por activos los recursos que permiten la subsistencia, tales como la tierra, el capital, el crédito y especialidades demandadas en el mercado. Hay también diferencias de género en el acceso a la educación y capacitación (cida). Para no analizar sino una de estas carencias, vemos que el difícil acceso de la

mujer a la tierra no está determinado sólo por problemas de escasez, pese a ser éste un problema grave. Por ejemplo, en Guatemala, como en otros países de América Latina, 40% de las familias rurales carecen de tierra. Pero el control de la tierra disponible se hace con base en consideraciones de género y de etnia. La transmisión de la tierra se da por vía patrilineal, "para dar continuidad a la historia".³² La ley establece que el cónyuge o su conviviente y sus descendientes directos sean los herederos legales del titular original de la parcela (generalmente un hombre). Pero estipula también que "el Consejo Nacional de Transformación Agraria tiene facultad para decidir en un caso concreto a quién o a quiénes de los herederos les corresponderá la explotación y dirección común del bien, en base a los estudios socioeconómicos del caso". Dado el peso del factor ideológico, muchas mujeres que podrían asumir la titularidad de la parcela no la obtienen por no ser consideradas agricultoras. La ley no sólo delega la representación del hogar en el hombre, sino que deja vacíos jurídicos que permiten una aplicación discrecional de ésta.

El Informe del Banco Mundial, *Engendering Development*³³ citado en el estudio de Deere y León concluye que, "Las mujeres siguen teniendo un control relativamente menor sobre una variedad de recursos productivos... Estas desigualdades, ya sea en educación u otros recursos productivos, perjudican las capacidades de la mujer para participar en el desarrollo y contribuir a alcanzar estándares de vida superiores para su familia. Estas diferencias también se traducen en mayor riesgo y vulnerabilidad al momento de enfrentar crisis

tion. Routledge,
Londres y Nueva

personales y familiares, durante la senectud y crisis económicas". Las mujeres desempeñan mayoritariamente un conjunto de actividades familiares no remuneradas, necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo (cida) y para sostener la trama de la vida cotidiana y de las relaciones familiares. Estas tareas ocupan una parte importante del tiempo hábil de las mujeres a la vez que las atan al espacio doméstico, en detrimento de su participación en los espacios públicos, que es donde se juegan las opciones políticas que orientan el desarrollo.

Hombres y mujeres tienden a trabajar con distintas escalas de producción y con diferente productividad, debido a su diferente acceso a los recursos, falta de capacitación y especialización. Así, por ejemplo, la feminización del mercado laboral que ha traído consigo la expansión del mercado laboral no augura una tendencia futura que se mueva en la misma dirección. En los últimos diez o quince años, la participación femenina se mantiene en aquellos mercados destinados a la industria textil, del vestuario y de la electrónica, pero se ve limitada en aquellas industrias que requieren un perfil técnico y una educación científica adecuada. Incapaces de incorporarse a la producción intensiva en el uso de tecnología en la misma proporción que en las actividades manufactureras básicas, no pueden mantener su tendencia laboral expansiva.³⁴ Hombres y mujeres tienen diferentes oportunidades económicas y no económicas y su inserción laboral se canaliza desde sus inicios por estereotipos de género. Otro tanto ocurre con muchos pro-

yectos y programas de desarrollo, que siguen los mismos criterios, reforzando los patrones de división del trabajo existentes. Naila Kabeer ha hecho notar que las diferencias salariales de hombres y mujeres, que alcanzan entre 60 y 70% de los salarios de los hombres, tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo, puede ser explicado sólo en 20% por variables económicas tradicionales. Más bien —señala— estas desigualdades se perpetúan por tabúes y prejuicios en el mercado laboral.³⁵ En un sistema basado en la competencia significa un punto de partida ya sesgado, que constituye una barrera más para encontrar un lugar dentro del sistema socioeconómico.

Hombres y mujeres se sitúan en tramos diferentes del mercado laboral, estas últimas en actividades de más baja remuneración, menor prestigio, menor poder decisonal y mayor riesgo. Los tramos bajos de la escala laboral se acompañan de situaciones laborales precarias. A guisa de ejemplo, en Chile, 58% de las mujeres que trabajan en actividades agrícolas temporales no cotizan en la seguridad social ni en los sistemas de pensiones. La flexibilización del mercado laboral, caracterizada por la entrada y salida de trabajadoras/es del mercado de trabajo, contribuye a impedir o debilitar el funcionamiento de las organizaciones gremiales. Otro aspecto tiene relación con la protección laboral. Siguiendo con el mismo ejemplo, quizá uno de los aspectos más graves es el relativo al uso de pesticidas por su impacto en la salud de las mujeres. Ya desde la década de los ochenta se vienen denunciando los

efectos nocivos de los agrotóxicos en las regiones de actividad agrícola. Pese a esta evidencia, la importación de plaguicidas se ha triplicado desde 1984, pasando de 5 577 toneladas a 16 000 toneladas en 1997. Estudios recientes muestran el incremento de las intoxicaciones agudas.³⁶ Mantener a las mujeres con salarios más bajos hace que su contribución al ingreso nacional sea también menor.

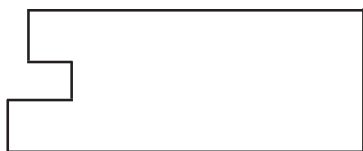
La liberalización del comercio se traduce en menores ingresos y mayores presiones para las mujeres para aumentar actividades generadoras de ingresos (cida). En esta pugna por la sobrevivencia se perpetúa el ciclo de actividades informales y/o trabajos mal remunerados en los tramos menos especializados y más repetitivos del sector manufacturero. Esta presión no se limita a las mujeres en edad laboral, sino que prolonga su influjo hacia las niñas, que deben abandonar su escolarización para trabajar en el hogar o fuera de él. Vinculada a esta presión se genera una mayor vulnerabilidad que da pie a excesos tan grandes como la llamada "esclavitud de los tiempos modernos", fenómeno que crece de un modo alarmante. Pese a la dificultad de medición, se ha estimado que entre 13 y 27 millones de personas están atrapadas en trabajos forzados en la moderna forma de esclavitud. Y si hablamos de "apertura de fronteras", no siempre esta apertura abre nuevos intercambios ni experiencias enriquecedoras. Baste recordar que las personas traficadas más allá de sus fronteras se estiman entre 600 000 y 800 000 cada año.³⁷ Esta subhumanidad que también genera un ingreso, como es la consigna del sistema,

trae a la mente esa célebre frase del poeta cubano Nicolás Guillén que dice: “Nos reconocemos en el hambre... en los fragmentos de cadena adheridos todavía a la piel...”

(“Que se avergüence el amo”).³⁸

Las condiciones iniciales con las que se entra en el mundo de la competencia no son independientes entre sí, sino que se refuerzan mutuamente: la falta

de educación lleva a la carencia de especialización y ésta a una gama de empleos de baja productividad, etc., determinando un sistema de vida que se convierte casi en destino para la generación en cuestión y, con mucha probabilidad, para la generación que le sigue. El caso de los denominados por la oit “trabajadores/as pobres” da cuenta de un inmenso contingente de personas que se encuentran ya entre “los perdedores y perdedoras”. Esta categoría es definida por la oit como “aquellas personas que trabajan pero que no ganan lo suficiente para elevarse por encima de los 1 US\$ y 2 US\$ que marcan la línea de la pobreza”. La proporción de éstos y éstas, que representa, según cifras de la oit, 49.7% de los trabajadores del mundo y sobre 58.7% de los y las trabajadoras del mundo en desarrollo,³⁹ no augura una tendencia hacia la superación de las desigualdades. Un dato más que resulta interesante examinar es que la oit señala que, con alta probabilidad, las personas que constituyen los trabajadores pobres trabajan en la economía informal (lo que no significa que toda la economía informal esté compuesta de trabajadores pobres). La economía informal ha



estado creciendo rápidamente, tanto en los países industrializados como en los países en desarrollo, y contribuye significativamente al total de la economía en todos los países. Dado

que estas trabajadoras/es carecen de empleo seguro, de protección social y de representatividad, "es muy probable que permanezcan atrapados en la pobreza".⁴⁰

Con fines analíticos, podríamos identificar cuatro categorías de tendencias que acompañan al modelo neoliberal y que van dejando su impronta en la trama de interrelaciones que se juegan en el escenario mundial. Estas tendencias no son mutuamente excluyentes sino, por el contrario, se refuerzan mutuamente. Se puede decir que el presente modelo de desarrollo: a) genera la marginalización de segmentos importantes de la población, entre otros, las mujeres ubicadas en ciertos tipos de actividades productivas (v.g. en el sector informal y actividades agrícolas), y de grupos etarios específicos, como son las cohortes jóvenes, aumentando la inseguridad laboral; b) favorece la dependencia con respecto a los mercados, afectando, entre otros, la seguridad alimentaria de los hogares; c) favorece la concentración de los beneficios del libre comercio en manos de algunas regiones, países y grupos económicos; d) acentúa las diferencias en el control de los recursos productivos y de aquellos recursos necesarios para informarse y comunicarse en un mundo

globalizado. Estas cuatro tendencias del modelo neoliberal actual se convierten a su vez en factores causales que mueven el engranaje de la creciente brecha entre países pobres y países ricos. Son tendencias, además, que se reflejan en el ámbito de los hogares y comunidades, marcando el ciclo vital de hombres y mujeres y afectando sus opciones laborales y fuentes de subsistencia.

Un recurso desquiciado: En un mundo cuya población envejece en forma alarmante y que prevé una esperanza de vida que variará entre 66 años y 97 para el año 2100,⁴¹ el recurso más inestimable y valioso tendría que ser la población joven. Cualquier modelo de desarrollo que busca la sostenibilidad no puede obviar la preocupación por la formación, integridad personal e integración social de este estrato poblacional que se torna, proporcionalmente, cada vez más escaso. Según datos de la oit,⁴² más de mil millones de personas tienen hoy en día entre 15 y 25 años y aproximadamente 40% de la población se sitúa bajo los 20 años de edad. Cabe recordar que 85% de esta población joven se encuentra en los países en desarrollo.

¿Cuál será el impacto humano y el impacto de género del desempleo juvenil? Globalmente, la población joven constituye 47% de los desempleados (oit), pero sólo 25% de la población en edad laboral. Más alarmante aún, este segmento poblacional desempleado ha estado creciendo en forma sostenida en el periodo 1993 y 2003 y en todas las regiones el desempleo juvenil supera al desempleo adulto.⁴³ En América Latina la tasa de desocupación de los jóvenes duplica con creces

la de los adultos (15.7% frente a 6.7% a inicios de la presente década) y la brecha entre jóvenes y adultos es similar para hombres y mujeres. Pero entre los jóvenes, la tasa de desempleo de las mujeres supera a la de los hombres en casi 50%.⁴⁴ A nivel global el sesgo de género no está ausente, aunque las diferencias porcentuales no son grandes. En el año 2003, el desempleo juvenil era de 6.4% para las mujeres y 6.1% para los hombres. Sin embargo, las mujeres jóvenes tienen mayores dificultades para encontrar trabajo que los hombres en el mismo tramo de edad. Quizá las mayores diferencias se presenten en el proyecto de vida futuro de unas y otros, que sin duda llevarán el signo de las asignaciones de roles por sexo en el contexto de sociedades segmentadas. La frustración de la juventud por su exclusión de una inserción social digna se ve acrecentada por las expectativas que se han creado debido a la expansión de la educación.

Hoy en día, la juventud se hace conspicua. Los altos niveles de desempleo, desigualdad y pobreza constituyen una fuente potencial o actual de conflicto social. Un debate realizado en febrero de 2005 en el Consejo de las Naciones Unidas hace notar que "Los niveles de desempleo juvenil son escandalosamente altos, y la desesperación que los acompañan lleva en sí el riesgo de desasosiego político y social..."⁴⁵ Este mismo informe apunta que la mayoría de los actos de violencia contra los demás, crímenes de guerra y atrocidades son cometidos por hombres menores a los 30 años.

La tendencia al desempleo juvenil sin duda destruye una cotidianidad que generalmente se está construyendo sobre nuevas bases.

El alargamiento del tiempo que los y las jóvenes deben vivir bajo un mismo techo con sus padres no es sino uno de los tantos signos de cambio generados por el modelo de la competencia. Sería importante hacer un seguimiento de los ciclos vitales de estos hombres y mujeres hoy jóvenes, que no pueden situarse en el mundo laboral o que lo hacen en trabajos esporádicos, de baja calidad y sin la perspectiva de iniciarse y avanzar en una carrera laboral. Datos desagregados por sexo respecto a índices de delincuencia, prostitución, migración, autoestima, capacidad de crear alternativas laborales, estabilidad conyugal, destino de los hijos, satisfacción y, por qué no, felicidad y otros, podrían arrojar luces acerca de la bondad o no del modelo socioeconómico en vigor.

¿Eficiencia para qué y para quiénes?: El por qué de la incapacidad de las sociedades actuales a dar cabida a estas cohortes que empiezan el difícil proceso de iniciar y consolidar su aporte a la sociedad no es ajeno al modelo de desarrollo actual. La así llamada eficiencia no necesariamente favorece la creación de empleo ni la estabilidad personal. Las cifras muestran que la relación entre empleo global/población ha disminuido en la última década. Este decremento presenta dos particularidades, una etaria y la otra de género: la disminución de la relación empleo/población joven en edad laboral es más acentuada que la relación empleo global/población. Mientras la primera relación es de 61.4 en 2005, reflejando una caída de 1.4 puntos respecto a 1995, para los jóvenes la relación ha pasado de 51.7 en 1995 a 46.7 en 2005; es decir, muestra una caída de cinco puntos.

Con respecto al género, en cifras globales, el incremento de la fuerza de trabajo femenino de 51.7% en 1995 a 52.2% en 2005, ha significado que la brecha de género en la relación empleo/población ha disminuido ligeramente.⁴⁶ En suma, si bien puede haber aumentado la eficiencia en la producción, no ha sucedido lo mismo con la eficiencia del sistema para proporcionar empleo acorde con el crecimiento poblacional. En particular, no ha creado empleo para los jóvenes ni ha proporcionado empleo en forma equitativa, ni ha respondido a los cánones de trabajo decente propiciado por la oit.

Competencia y competencias: La globalización ha traído consigo cambios sustanciales en los mercados de trabajo, cambios a los que los y las jóvenes, en tanto recién llegados al sistema, son particularmente sensibles. Las nuevas tecnologías han reemplazado el trabajo manual en numerosas industrias, disminuyendo los puestos de baja calificación en la industria manufacturera y en el sector servicios.⁴⁷ El aumento de la demanda por trabajo especializado podría explicar, según la oit, el incremento del desempleo juvenil.⁴⁸ La liberalización del comercio ha llevado a las compañías a ser más flexibles y competitivas y, en el mundo de la competencia, el tiempo para el aprendizaje y la adquisición de destrezas, a través de la experiencia y de la experimentación, no tienen cabida. Las expectativas de lucro en el corto plazo no lo permiten. La competencia exige una disponibilidad de mano de obra eficiente capaz de aumentar la productividad y de incrementar las ganancias. En esta carrera desenfrenada, los y las jóvenes difícilmente tienen un

decir. En la era actual, conocida como la “era del conocimiento”, se privilegia el capital humano, el acceso a la ciencia y la tecnología y las mayores escalas de producción, factores todos que les son ajenos a las mujeres rurales y a los grupos menos privilegiados. Los cambios tecnológicos han llevado a una estratificación de la fuerza de trabajo, con un pequeño grupo de trabajadores altamente calificados y bien remunerados y un grueso de trabajadores y trabajadoras en labores de mediana a baja calificación, que no tienen esperanzas de promoción ni de capacitación laboral. Dada la flexibilización del trabajo, la falta de especialización hace que estas trabajadoras no puedan aspirar a mejores puestos cuando la empresa que los ha contratado se mueve a lugares más competitivos. Las desigualdades entre el trabajo especializado y no especializado se están incrementando no sólo en el Norte, sino también en el Sur.

Los patrones de segregación ocupacional hacen que la producción esté organizada con un sesgo de género: las mujeres tienden a concentrarse en los trabajos no calificados, en la producción de alimentos y en el sector informal. Sin embargo, el sistema no ha ideado mecanismos que tiendan a invertir desigualdades en lo que a especialización se refiere: es interesante notar que mientras el grueso de la población joven se encuentra en los países en desarrollo y en trabajos no especializados, las posibilidades de

especializarse que proporciona, entre otros, el acceso a la ciencia y la tecnología, están desigualmente repartidas. Lo anterior se acentúa por la creciente participación de las corporaciones transnacionales en investigación

científico-tecnológica, la que es bastante conservadora: 97% se gasta en el sector manufacturero y 90% se desarrolla en los Estados Unidos y en Europa.⁴⁹

Dado que la migración rural-urbana mueve hacia las ciudades un amplio contingente de mano de obra que carece de la especialización requerida para optar por la economía formal, sería importante considerar su composición etaria y de género en la planificación estratégica. El desempleo juvenil es otra fuente que alimenta las filas del sector informal.

Productividad:⁵⁰ La productividad es uno de los motores del crecimiento económico. De hecho, se ha reconocido que alrededor de $\frac{2}{3}$ del crecimiento económico realizado entre 1991 y 2003 se deben a un crecimiento de la productividad y sólo $\frac{1}{3}$ al crecimiento del empleo.⁵¹ Como los otros elementos dinamizadores del sistema, la productividad pasa por el tamiz de la educación, del acceso a la ciencia y la tecnología, de la formación y de la experiencia. Todos estos factores determinan que las mujeres tiendan a ser empleadas en trabajos de menor productividad.

Pese a que trabajar en forma más productiva debiera representar un beneficio incontestable, cuando pasamos a priorizar la productividad de las empresas surge el dilema del empleo: los aumentos de productividad de la empresa pueden llevar a la pérdida de puestos de trabajo en la medida en que "el progreso tecnológico aumenta la eficiencia del proceso produc-

tivo, permitiendo a las firmas producir más con menos trabajadores”.⁵² Por otra parte, aquellas empresas de baja productividad no son competitivas y son desplazadas del mercado, lo que implica también una pérdida de puestos de trabajo. “Desde 1995, se han perdido 3 millones de puestos de trabajo por año en el sector manufacturero, en el mundo, debido en gran parte a aumentos de productividad” (oit). Esta permutación de beneficio en pérdida afecta sin duda a las cohortes jóvenes, que están en el periodo transicional del aprendizaje. Uno de sus resultados es que hay aproximadamente 238 millones de jóvenes de ambos sexos que viven con menos de un dólar diario y 462 millones que lo hacen con menos de dos dólares diarios,⁵³ incrementando las filas de los “trabajadores pobres”.

Aunque mostrando una tendencia decreciente, la agricultura sigue siendo una importante fuente de trabajo para las mujeres pobres en los países en desarrollo. La expansión del comercio y la internacionalización de la producción han reducido la proporción de mujeres en el empleo agrícola en la última década. La única región del mundo donde no se ha reducido es en América Latina y el Caribe.⁵⁴ Particularmente importante es la vinculación de la mujer a la seguridad alimentaria. En regiones tales como África subsahariana son las mujeres quienes producen, procesan y almacenan más de 80% de los alimentos, mientras en Asia del sur y del sudeste son responsables de 60% del trabajo de cultivo y producción de alimentos.⁵⁵ Las culturas de subsistencia, gestionadas por las mujeres, han mitigado desde siempre el hambre; realizadas las más veces aprovechando las características de los

ecosistemas, el ritmo de sus ciclos y la sabiduría tradicional, han sido capaces de responder a la demanda poblacional y a las restricciones del medio. Han constituido asimismo el medio más eficaz de protección contra el hambre que deriva de la falta de poder adquisitivo, considerando que, como hace notar la fao,⁵⁶ “una parte persistentemente alta de la población mundial sigue sumida en la pobreza absoluta y carece de los ingresos necesarios para transformar sus necesidades alimentarias en demanda efectiva”.

Como es sabido, en las dos últimas décadas la agricultura se ha ido orientando cada vez más hacia una economía de mercado. Se han introducido políticas de liberalización del comercio y de los mercados y se han favorecido los cultivos comerciales a gran escala, destinados a la exportación, en menoscabo de los cultivos de subsistencia (fao).⁵⁷ Aun cuando la racionalidad tras estas medidas ha sido promover una asignación más eficiente de los recursos productivos y favorecer el crecimiento económico, los impactos de dichas políticas sobre los pequeños campesinos, y particularmente sobre las campesinas, han sido negativos. Uno de los sectores más afectados por las nuevas orientaciones de la política agraria —programas de ajuste estructural y programas de reconversión productiva— ha sido el de los pequeños productores y productoras, la mayoría de los cuales conforman el grupo de los productores marginales, que no cuentan con las condiciones necesarias para

competir eficientemente en el mercado. Estas medidas han llevado a un incremento de la pobreza y marginalización del campesinado y al aumento de la inestabilidad e inseguridad laboral. La enajenación o el deterioro de los medios tradicionales de subsistencia ha determinado el desplazamiento masivo de poblaciones rurales en las diferentes regiones del mundo en desarrollo, incrementando así la pobreza urbana y generando desbalances etarios y de género en las poblaciones rurales. La creciente dependencia del mercado para la obtención de insumos agrícolas y la volatilidad de los precios asociada a las políticas de liberalización constituyen un factor más de inseguridad y una amenaza a la seguridad alimentaria de los hogares.

Por su parte, las negociaciones wto-a0a (Acuerdos sobre la agricultura de la Organización Mundial del Comercio, 1994) han tenido fuertes implicaciones en la agricultura de los países en desarrollo. Dichos acuerdos han desmantelado los ya precarios apoyos a la producción agrícola de estos países por considerarlos como barreras al comercio. Los países desarrollados, en cambio, no han realizado mayores cambios en sus medidas de subsidios y otros apoyos cuantiosos a su agricultura, lo que ha creado una competencia desleal que ha afectado la seguridad alimentaria, los medios de subsistencia y el empleo en los países en desarrollo.

Tradicionalmente los países en desarrollo habían tenido un superávit neto en el comercio agrícola, que alcanzó su punto más alto en 1977.⁵⁸ Desde entonces, la tendencia observada ha sido un crecimiento más rápido de sus importaciones que de sus exportaciones. La balanza

comercial agrícola positiva de estos países ha ido disminuyendo gradualmente hasta hacerse negativa a mediados de los años noventa. Las previsiones para el 2030 indican que el déficit comercial agrícola en los países en desarrollo aumentará todavía más, entre ellas las importaciones netas de cereales y productos pecuarios. Con respecto a los beneficios que obtendrán de la liberalización del comercio, como reconoce la fao, éstos serán mucho menores de los que obtendrán los países desarrollados. Esto es justamente porque se han convertido en importadores netos de productos agropecuarios y no es probable que incrementos modestos de los precios mundiales los conviertan en exportadores netos. En los países en desarrollo importadores, los consumidores están destinados a perder más a consecuencia de un comercio más libre que lo que los productores nacionales pueden ganar (fao). Se ha hecho notar que los importadores netos de alimentos sufrirán con el alza de precios de los alimentos resultantes del corte de los subsidios en los países exportadores de alimentos.⁵⁹

¿Qué significa esta pérdida de la autonomía alimentaria que era desde siempre prerrogativa de las mujeres rurales? Hay varios aspectos que cabe considerar:

El primero de ellos es el de la paulatina pérdida del acceso directo a la diversidad de alimentos que proporciona la huerta casera y que va vinculada a la creciente escasez de tierra, debido

a diversos factores: alienación, presiones demográficas, fragmentación intergeneracional, privatización de tierras comunales, falta de derechos de propiedad; imposibilidad de tener varias huertas en nichos ecológicos diferentes como previsión contra plagas, sequía, etc.; la relegación del campesinado pobre a las tierras de menor potencial agrícola. La pérdida de autonomía alimentaria implica una amenaza a la seguridad alimentaria de los hogares campesinos y un menor excedente de productos agrícolas para la comercialización.

Directamente vinculado a lo anterior está la prioridad creciente que se da a los cultivos a gran escala, destinados a la exportación, en detrimento de los cultivos para el consumo directo. El trasfondo de esta preferencia tiene que ver con la necesidad de equilibrar las balanzas de pago mediante las exportaciones, pero también con la necesidad de generar ingresos destinados al pago de la deuda externa. Frente a estas exigencias, las necesidades y seguridad alimentaria de campesinos y campesinas pobres se torna marginal. Así vemos que $\frac{3}{5}$ de la producción mundial de los llamados cereales secundarios —maíz, sorgo, cebada, centeno, avena, mijo y otros— se utilizan como pienso en circunstancias que en aquellos lugares caracterizados por elevada inseguridad alimentaria son muy importantes para el consumo humano directo.⁶⁰ En este contexto se recuerda que México, cuna del maíz, se ha convertido hoy en un importador del mismo proveniente de los Estados Unidos.

Hoy en día, la importación de alimentos ha pasado a ocupar un lugar preponderante en el abastecimiento de las poblaciones,

especialmente de las ubicadas en zonas urbanas.⁶¹ La apertura de mercados locales en países en desarrollo a importaciones de bajo costo y la supresión de los subsidios agrícolas por lo general ha dejado sin empleo a los productores en el sector agrícola, entre los que predominan las mujeres;⁶² ha afectado también a las pequeñas comerciantes que operan en el sector informal.

La comercialización de los alimentos a través de cadenas monopólicas ha eliminado del mercado a las pequeñas productoras, erosionando una importante y a veces única fuente de ingreso.

La menor productividad de las mujeres rurales, que afecta su competitividad en los mercados, se relaciona con su falta de acceso a la innovación científico-tecnológica, a los insumos agrícolas, la mayoría de los cuales son también importados. Asimismo, la consolidación y extensión de la agricultura comercial reduce los insumos de mano de obra⁶³ incidiendo en la productividad.

El deterioro ambiental, más acentuado en las zonas de ladera, que afecta también la productividad. Alrededor de 60% de los pobres rurales viven en áreas altamente frágiles y vulnerables, en tierras áridas o semiáridas, en faldeos escarpados y en bosques. En América Latina 25% de la tierra se encuentra concentrada en cerros o planicies vulnerables a la erosión y a la degradación de los suelos, y entre 50 y 75% de los pequeños terratenientes se encuentran concentrados en estas tierras. Por otra parte, la orientación a favorecer las exportaciones de los países más pobres, cuyas estructuras productivas están basadas en pocos productos primarios, pone una fuerte presión sobre las

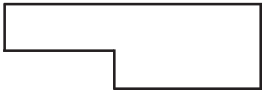
monoculturas o sobre la explotación minera, lo que ciertamente entraña riesgos ambientales.

El círculo de la pobreza: numéricamente, la mayor cantidad de pobres se encuentra entre los/as pequeños/as propietarios/as, que poseen tres hectáreas y menos de tierra cultivable. Son justamente estos grupos los que son empujados hacia áreas marginales, donde las lluvias son escasas, los suelos frágiles y propensos a la erosión y la desertificación rampante. Sus pequeños predios tienen bajo rendimiento y se concentran en pocos productos, lo que se agrava por el escaso acceso a los servicios productivos y de comercialización, necesarios para ofrecer sus productos en diferentes mercados. Los más marginales de esos pequeños productores/as han pasado a engrosar las filas de los campesinos y campesinas sin tierra.

El difícil acceso a los mercados, que las limita a los mercados locales, debido a un conjunto de factores, entre ellos la necesidad de permanecer cerca de sus hogares y atender al cuidado de sus hijos. Pero a esta necesidad, que viene desde siempre, se añade la necesidad de enfrentarse a las condiciones de libre mercado. En la práctica, competir significa, entre otras cosas, disponer de capital, realizar investigaciones y desarrollos costosos y tener acceso a la tecnología, know-how, información y comunicación; posibilidades de capacitación y formación en gestión empresarial; conocimiento de prácticas para reducir costos; ofrecer productos novedosos y atractivos; estar respaldados por la infraestructura de transportes, comunicación e información necesaria; cumplir con controles de calidad;

entrar en un mercadeo sofisticado; conocer y saber sacar provecho de las regulaciones internacionales. Como enfatiza Vander Stichele en el mercado regulado por la OMC no todos los países, compañías, productores y comerciantes entran al mercado en iguales términos y no todos pueden ser competitivos.

El cambio forzado y abrupto de los sistemas productivos tradicionales destinados al autoconsumo ha menoscabado la seguridad alimentaria de los hogares y ha echado al olvido las técnicas tradicionales de mejoramiento de suelos, selección y conservación



de semillas, aprovechamiento integral de los productos forestales y de su entorno, métodos de fertilización, de rotación de cultivos y de barbecho, etc. En un seminario sobre género

y etnicidad,⁶⁴ se muestran diversos aspectos que se han tornado impracticables ante las presentes circunstancias: a) la existencia del intercambio, además de la compra y la venta: "antiguamente las comunidades venían con sus ristras, traían su cochayuyo a la zona y nosotros les entregábamos trigo, que ellos no producían"; b) la existencia de ferias comunales, donde se intercambiaban y se mostraban los productos, favoreciendo el enriquecimiento del pool genético; el intercambio de técnicas y los patrones posibles de cooperación y organización colectiva del trabajo; c) el trabajo en grandes extensiones de terreno, lo que ahora no existe, las comunidades se han ido reduciendo y los terrenos son cada vez más pequeños.

En conclusión, todos estos factores tienen una repercusión directa tanto sobre las fuentes de ingreso habituales de las poblaciones rurales como sobre sus mecanismos tradicionales de acceso a los alimentos. El resultado último es la inseguridad alimentaria y la persistencia de la pobreza, sobre todo de la pobreza femenina.

Cabe preguntarse, ¿este incremento en la importación de alimentos ha aliviado el hambre y la desnutrición que aqueja a una de cada seis personas en el mundo en desarrollo o sólo ha incrementado la dependencia con respecto al mercado para obtener los alimentos necesarios para subsistir? La fao señala que “la seguridad alimentaria y la nutrición han mejorado en el mundo en general. Pero que el progreso ha sido lento y desigual... Numerosos países no han logrado progresos significativos y algunos han sufrido retrocesos en sus ya frágiles situaciones en cuanto a la seguridad alimentaria y la nutrición” (fao).

¿Y por qué estos países y grupos no han podido beneficiarse de este flujo creciente de importaciones para satisfacer sus carencias? Porque “cada vez hay mayor reconocimiento que las personas con un consumo inadecuado de alimentos están en esta situación porque no ganan un ingreso suficiente para demandar por los alimentos requeridos para satisfacer sus necesidades”.⁶⁵ Si aplicamos la distinción que hace Amartya Sen⁶⁶ entre “disponibilidad” y “derechos” vemos que esta distinción permite desmitificar la asociación habitual que

se hace entre escasez de alimentos, producción agrícola y crecimiento poblacional. Amartya Sen vincula el hambre no tanto a la escasez de alimentos como a la imposibilidad de obtenerlos. En otros términos, hay una disponibilidad de alimentos favorecida por la creciente importación de los mismos. Sin embargo, lo que falla es el derecho de estas personas para acceder a ellos. Esta falta de derecho a adquirir lo necesario para alcanzar niveles nutricionales adecuados se ve agravado en el caso de las pequeñas productoras agrícolas, las más veces ligadas a la agricultura de subsistencia o sujetas a ingresos demasiado bajos como para permitirse el acceso a bienes importados.

Otro factor que actúa a favor de la desigualdad y exclusión es la concentración de las iniciativas y mecanismos dinamizadores que rigen el comercio internacional. Esta concentración se manifiesta en muy diversos aspectos: por ejemplo, se evidencia en la inversión, que se considera uno de los pilares del crecimiento económico; el comercio de manufacturas se concentra sólo en algunos países y otro tanto ocurre con la investigación científico-tecnológica. La concentración de mecanismos dinamizadores lleva a la concentración de los beneficios del actual patrón de desarrollo en pocas regiones y manos. Hay formas de concentración que resultan desintegradoras de los patrones de vida familiar en la medida que afectan las fuentes de trabajo y de subsistencia.

La concentración de la inversión directa extranjera (ide) no necesariamente se refleja en la creación de empleo. M. Vander Stichele señala que "la concentración

del ingreso nacional en manos de unos pocos ricos y el incremento de los beneficios de las compañías no se ha aparejado con inversiones para crear puestos de trabajo”.⁶⁷ La concentración de la ide en los países desarrollados, principalmente en los Estados Unidos y en los países en desarrollo considerados como mercados emergentes, ha significado, en términos de puestos de trabajo, tan sólo 2% del empleo asalariado mundial. En los países de bajos ingresos, el grueso del empleo sigue estando en la agricultura de subsistencia y en el sector informal urbano⁶⁸ que son por lo demás los sectores donde hay una mayor concentración de mujeres.

“Gigantes que se extienden”.⁶⁹ Tradicionalmente, en los países en desarrollo, las mujeres seleccionan los recursos genéticos vegetales para la alimentación según sus valores nutricionales y terapéuticos, su resistencia a las plagas y enfermedades, al almacenamiento, a su adaptación a los distintos suelos, etc.⁷⁰ Estudios en la sierra norte del Perú señalan que en las comunidades tradicionales, como la de Chetilla en Cajamarca, la labor de selección de la semilla y su conservación es dominio exclusivo de las mujeres.⁷¹ El material genético domesticado y conservado por siglos por las familias campesinas es la base de la riqueza genética de los sistemas de producción andinos y constituyen también el origen de nuevas variedades en los bancos de germoplasma.

Las semillas, seleccionadas, hibridadas y conservadas a través de los siglos básicamente por las mujeres, han sufrido dos procesos de enajenación. El primero se refiere a la comercialización de las mismas.

Como puntualiza la fao,⁷² “una concentración creciente ha conducido a una situación en la que sólo cuatro empresas con sede en los Estados Unidos, asociadas a dos alianzas, Cargill/Monsanto y Novartis/adm, controlan más de 80% del mercado mundial de semillas y 75% del de productos agroquímicos. Otro gigante, ConAgra, a través de United Agri Products, vende productos agroquímicos y semillas a todo el mundo. Hoy en día, el tradicional proceso de seleccionar y guardar la semilla para la próxima cosecha se va perdiendo con la comercialización de la misma y, en algunos casos, con la introducción de técnicas que la tornan infértil. De ahí la preocupación de la sociedad civil por la noción de soberanía alimentaria, que representa el derecho de los países y los pueblos de definir sus propias políticas agrícolas, pastorales, pesqueras y alimentarias que sean ecológica, social, económica y culturalmente adecuadas. La soberanía alimentaria promueve el derecho al alimento para toda la población a través de producciones pequeñas y medianas, respetando las diversas culturas, sus sistemas de innovación y sus formas y medios de producción, así como su gestión de las áreas rurales y los paisajes. Las mujeres desempeñan un papel fundamental al asegurar la soberanía alimentaria.”⁷³

El segundo proceso de enajenación de recursos se refiere a los derechos de propiedad intelectual. Pese a que se ha reconocido el papel fundamental del conocimiento y de su herramienta práctica —la tecnología— para lograr el desarrollo y el acceso al conocimiento, la

tecnología se ve entrabada por el acuerdo trips (adpic) de la Ronda de Uruguay que refuerza la propiedad intelectual y encarece el acceso a la tecnología.⁷⁴ La premisa de base de este acuerdo es que “las ideas y el conocimiento constituyen una parte crecientemente importante del comercio” y “que debe darse a sus creadores el derecho de propiedad” y que por consiguiente la utilización de ese conocimiento o tecnología está sujeta a un pago.

Ya la unesco ha señalado que los rígidos derechos de propiedad intelectual mantienen a los países en desarrollo fuera del sector del conocimiento. Dice al respecto: “Desarrollos en los regímenes internacionales para la protección de la propiedad intelectual constituyen un intento para crear y mantener un equilibrio entre un conjunto de demandas rivales para el control sobre el conocimiento y su difusión. La protección sobre los derechos de propiedad intelectual debe proveer incentivos, recompensas y reconocimiento a los productores individuales de conocimiento a fin de estimular el progreso. Los beneficios para el creador y el acceso público al trabajo artístico, literario y científico deben estar protegidos. Mientras que los derechos de propiedad intelectual buscan promover el progreso de la ciencia, también restringen el acceso al conocimiento, en la medida en que definen el conocimiento como propiedad privada y tienden a favorecer su control monopólico. Puede suceder también que las tendencias actuales en los regímenes

York, 2003;

de propiedad intelectual relacionados con el comercio lleven a un acceso más restringido en lugar de a una mejor dis-

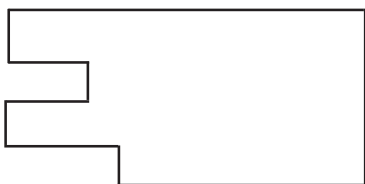
tribución pública.”⁷⁵ Por otra parte, los sistemas de propiedad intelectual

no protegen ni el saber ni la tecnología tradicional, facilitando así su apropiación por parte de empresas farmacéuticas, de semillas o de alimentos que las incorporan gratuitamente a sus desarrollos científico-tecnológicos patentables. Este fenómeno tiene evidentes implicaciones de género, ya que las mujeres desempeñan un papel fundamental en actividades de conservación de material genético, su selección y uso, tanto para fines alimentarios como de salud. Los intereses comerciales respetan el lucro y no a las personas. Como hace notar Paolo Bifani,⁷⁶ el acuerdo trips ignora el hecho de que los países desarrollados son líderes tecnológicos y propietarios de la tecnología más avanzada, mientras que los países en desarrollo son básicamente consumidores de tecnología. Estos acuerdos han incrementado las asimetrías en lugar de reducirlas. trips acentúa los desequilibrios al reforzar apropiación de la tecnología, reduciendo los aspectos de difusión, con lo cual, después de la Ronda de Uruguay, se ha constatado un gran incremento del costo de la tecnología para los países en desarrollo. De hecho, los acuerdos de trips han producido una redistribución del ingreso a favor de los países desarrollados.

La obligatoriedad de cumplir con ciertos atributos de calidad fue originariamente una forma de corregir fallas del mercado debidas a la falta de información y al mismo tiempo proteger al consumidor. Sin embargo, en la medida que un número creciente de atributos de calidad son definidos por cadenas de supermercados, importadores de alimentos o firmas productoras de alimentos procesados, ellos se han

transformado en una herramienta de conquista y control de mercados y, por consiguiente, en un mecanismo más de exclusión. Una manifestación de ello es el control del comercio de alimentos por parte de las transnacionales. Como señala la fao,⁷⁷ “un puñado de corporaciones transnacionales, verticalmente integradas, ha ganado un creciente control sobre el comercio, la elaboración y la venta mundial de alimentos”. Aproximadamente un tercio de la venta de alimentos en el mundo está en manos de tan sólo 30 cadenas de supermercados. Éstos han creado un abastecimiento centralizado y eficiente. Pero, ¿cómo se abastecen estas grandes cadenas? En los países en desarrollo, como en los países industrializados, los supermercados contratan un número limitado de proveedores capaces de satisfacer las normas de calidad vigentes y fiabilidad. Los ejemplos abundan. En Brasil, entre 1997 y 2001, más de 75 mil pequeños productores lácteos fueron “eliminados” del mercado por las doce principales empresas productoras de leche.⁷⁸ Presumiblemente —dice el mismo informe—, la mayoría de ellos quebraron. En Kenya, a medida que las exportaciones de frutas frescas, hortalizas y flores cortadas han ido aumentando, el aporte de los pequeños productores y productoras ha ido disminuyendo. Antes del auge de las exportaciones hortícolas, los pequeños productores producían 70% de las hortalizas y frutas. Desde una perspectiva general, cabe pensar que el impacto de género de esta forma de exclusión es doble: por una parte, elimina una fuente de trabajo que en alguno de sus eslabones o en muchos o en todos ellos es prerrogativa femenina. Por la otra, afecta el ingreso del hogar y, por ende, la seguridad alimentaria de la familia.

Un tema que se ha discutido por largo tiempo en el contexto de la problemática de género es el de las disparidades en el acceso y control de los recursos. La disponibilidad de recursos ha marcado históricamente un límite a lo que hombres y mujeres pueden realizar como desempeño laboral y ha dejado una impronta tan indeleble como los estereotipos de género. A medida que ha ido aumentando la sofisticación del trabajo



y de la tecnología que lo hace posible, la brecha de género en el control de los recursos tecnológicos se ha ido acen-
tuando. Ejemplo de ello es el acceso a las tecnologías de la información y de la comunicación, que marcan di-

ferencias de género, étnicas, de nivel social y de región: los hombres dominan entre los usuarios de internet. Sólo 38% de las mujeres acceden a internet en los Estados Unidos, 17% en Japón, 7% en China, 4% en los Estados árabes.⁷⁹ Los ejemplos pueden multiplicarse. Pero el problema es más complejo aún: las mujeres arrastran el retraso de la menor educación, cuyo caso extremo son 900 millones de analfabetas, que las excluye automáticamente de la emergente "era del conocimiento" y de sus beneficios. Íntimamente ligado a lo anterior está la pobreza, que es el factor de exclusión por excelencia y que tiene también su sesgo de género: más acusada entre las mujeres; es otro factor divisorio en el acceso a los recursos

que podrían mejorar la productividad del trabajo y el tiempo y esfuerzo que se invierte en él. Siguiendo con el ejemplo anterior, en América Latina 90% de los usuarios de internet se sitúa en los altos niveles de ingreso. En Bangladesh, comprar una computadora cuesta más de ocho años de ingreso promedio, mientras que en los Estados Unidos representa sólo un mes de salario.

Dentro de esta discusión sobre el valor que representa el acceso y control de los recursos, resulta menos conocido el tema del control de los recursos energéticos en que se cimenta el modelo de desarrollo actual. Desde una perspectiva de género, este tema se aborda inevitablemente dentro del cuadro de los estereotipos de género, aludiéndose siempre al consumo de energía doméstica: estufas mejoradas que permiten una mayor eficiencia en el uso de combustible y la prevención de problemas de salud generado por la emanación de gases tóxicos; aprovisionamiento de combustibles y tiempo invertido debido a la creciente escasez de la biomasa empleada, etc.⁸⁰ Estos problemas, si bien son reales y de extrema importancia, no constituyen una visión exhaustiva del problema energético desde una perspectiva de género. Tampoco se analizan en vinculación con el modelo de desarrollo actual. Sin embargo, en estos momentos el tema de la energía es un tema candente por muy diversas razones, entre ellas porque el modelo se apoya, para la expansión del comercio, de la industria y del sistema de vida de la afluencia, en la utilización de combustibles fósiles. Y, en segundo término, porque los recursos de petróleo, no renovables por antonomasia, son cada vez más escasos frente a un fuerte crecimiento de su demanda definida por un modelo económico que se centra en el uso intensivo de la energía.

Hay en todo esto dos aspectos a destacar: uno, la importancia del

acceso y control de los recursos para un desempeño laboral productivo y cuyos beneficios se orienten al bienestar de quien realiza el trabajo. Y, dos, el carácter conflictivo de la apropiación de recursos escasos y los patrones de dominio que rigen su apropiación. Ambos aspectos tienen implicaciones de género: sin entrar una vez más a detallar la necesidad de las mujeres de acceder y controlar los recursos productivos (tierra, capital, fuentes de trabajo, tecnología, educación, etc.), es importante para la planificación del desarrollo clarificar su grado de acceso a los recursos energéticos, a cuáles de ellos y para qué usos. El otro se refiere al impacto de la carencia de recursos energéticos o limitación a cierta



gama de ellos sobre su desempeño laboral y calidad de vida y al impacto que genera sobre las mujeres la pugna por recursos escasos. En esta breve reflexión

es posible que se aporten más preguntas que respuestas, pero es un modo de abrir el campo a la indagación.

El consumo de combustibles fósiles es uno de los indicadores que da una noción más fidedigna del modo como se distribuye la riqueza y se organizan los patrones de vida y de consumo en el mundo. También marca la línea divisoria. El mapa del poder y de la riqueza se superpone al mapa del consumo de energía. Las cifras indican que entre un tercio (pnud)⁸¹ y un cuarto de la población mundial (International Energy Agency)⁸² no tienen acceso a la electricidad. Resulta impactante el contraste entre el consumo promedio per cápita de los países de la oced, que alcanza los 8 053 (kwh) anuales y que es

prácticamente cien veces mayor que el de los así llamados países de menor desarrollo,⁸³ que es sólo de 83 (kwh) anuales.⁸⁴ El consumo de energía se relaciona asimismo con el consumo de bienes y servicios. El 20% más rico de la población de los países de altos ingresos representa 86% de los gastos de consumo privado, mientras que 20% del más pobre del mundo da cuenta de 1.3%.⁸⁵

Si pensamos que el consumo de energía se asocia a la actividad económica, estos países más pobres tendrán necesariamente menores o ningún nivel de industrialización, carecerán de servicios de energía de los así llamados básicos, tales como refrigeración, calefacción e iluminación, que inciden también en la actividad económica y se atenderán a procesos de transformación simples, como los que habitualmente emprenden las mujeres pobres: artesanía, transformación y preservación de alimentos y otros similares. Los sistemas de transporte, que es el rubro que más hace crecer la demanda de petróleo en los países de la oecd, se encuentra muy poco desarrollado en los países pobres, dificultando la comercialización de sus productos y afectando su participación en el comercio.

¿Cuáles son los más obvios componentes de género de esta pugna por recursos escasos y codiciados? Uno de ellos es el que sitúa a las mujeres y grupos marginalizados entre los "perdedores"; es decir, entre aquéllos que no cuentan con activos en la competencia por el acceso y control de las fuentes energéticas y que deben hacer frente a las alzas del costo de vida que acompaña a su escasez. La tradicional consideración de la relación género/energía, que se centra en el consumo para uso doméstico, no cubre toda la gama de necesidades que implica el estar inmerso en el modelo neoliberal: resta analizar la energía necesaria para mejorar



la productividad del trabajo, para aumentar la producción y diversificar las actividades productivas. Es justamente

el acceso a este tipo de energía el que permitiría a los grupos marginalizados acceder a otros niveles de beneficios del proceso de desarrollo. Al respecto, sería importante contar con datos desagregados por sexo

sobre:

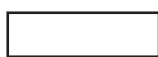
El consumo de energía comercial y no comercial por parte de hombres y mujeres.

Cambios en los patrones de uso de energía comercial y no comercial a consecuencia del alza en el precio del petróleo.

Christina H. Cambios en los patrones de consumo y uso del tiempo de hombres y mujeres en el ámbito de los hogares a consecuencia del alza en el precio del petróleo.

Efectos del alza del precio del petróleo en la participación de hombres y mujeres en el tipo de productos que ofrecen y su grado de transformación, en el tipo de mercados a que acceden, en el comercio.

La así llamada Guerra del Golfo Pérsico había tomado ya miles de vidas humanas hace más de una década, en 1991. El flagelo de la guerra se extendió como una ráfaga a los vestigios de una de las culturas más antiguas del mundo y a su entorno natural. Las tantas muertes, que no han cesado de multiplicarse desde ese entonces, constituyen el signo más flagrante de desarticulación del espacio vital.



“La energía es la llave del desarrollo socioeconómico” (unep y Earthscan, 2006), y como tal, no puede prescindir del oro negro, pese a intentos de sustitución.

Sin embargo, existe un divorcio entre los centros de consumo y los de abastecimiento: las mayores reservas de petróleo del mundo se encuentran, en orden de importancia, en Arabia Saudita, Irán, Irak, Kuwait, Unión de Emiratos Árabes, Venezuela, Rusia, Kazakhstán, Libia y Nigeria.⁸⁶ Otro dato que resulta importante de considerar y que podría tener relación con los conflictos bélicos que actualmente conmueven al mundo es que estas reservas distan mucho de ser eternas. Arabia Saudita, que representa una quinta parte del abastecimiento mundial, tiene reservas para 66 años más. Significativo, sólo Irak y Kuwait tienen reservas que exceden los cien años. Le siguen los Emiratos Árabes Unidos y Kazakhstán. Por otra parte, se ha hecho notar que⁸⁷ el petróleo continuará siendo el combustible dominante en el año 2020, representando 40% del consumo de combustibles, hecho que lo sigue colocando como recurso en disputa.

Como corolario de esta brevísima reseña, cabe destacar que las poblaciones pobres consumen básicamente biomasa; es decir, se encuentran marginalizadas o relativamente marginalizadas en la pugna por el petróleo. Sin embargo, estas poblaciones no se encuentran a salvo en las luchas por los recursos y en las luchas por el poder. Se dice que en las 140 guerras civiles que han tenido lugar desde 1945, en el trasfondo de las cuales a menudo está justamente el conflicto por el acceso a recursos energéticos, los países concernidos muestran una constante en sus niveles de pobreza, desempleo y estagnación

económica, frecuentemente acompañados por migraciones forzadas. Son también poblaciones expulsadas de sus territorios para dejar éstos libres para el acceso a sus recursos energéticos (por ejemplo, la guerra en Sudán).

Y sólo dos palabras para terminar. Los conflictos bélicos sitúan a las mujeres en el centro mismo del conflicto, no sólo como víctimas y población vulnerable, como hace notar la Cruz Roja,⁸⁸ sino con aquellos miembros de la población

civil que deben continuar tejiendo día a día la tenue y difícil trama de la sobrevivencia y la cotidianidad.

Se habla de cambio de roles para las mujeres⁸⁹ en el escenario de la con-

frontación bélica, con muchas mujeres que asumen el liderazgo de la familia cuando las redes sociales y comunitarias se desintegran y los hombres son reclutados, muertos o pasan a constituir las filas de los prisioneros o de los desaparecidos. Sin embargo, las alteraciones van mucho más allá de un mero trastrueque de roles. Son cambios que desarticulan el espacio vital en toda su integridad: la producción agrícola se interrumpe o se destruye, las fuentes de ingreso de las poblaciones afectadas se aniquilan, cesan los flujos de mercancías, muchos de los servicios básicos dejan de existir, los puntos de referencia habituales se pierden. Y es en ese contexto apocalíptico que las mujeres emprenden estrategias de sobrevivencia. La oit⁹⁰ hace notar que en el Mozambique controlado por el renamo, las mujeres cultivaban a la luz de la luna en

fosas camufladas, cazaban, pescaban, recolectaban frutos silvestres. Las mujeres guatemaltecas y de Bosnia, por su parte, recurrían al comercio callejero y los niños salían a trabajar. El miedo, la inseguridad, la incertidumbre, permean la cotidianidad, cortan los proyectos vitales, amenazan el sentido que cada quien asigna a su vida. Como hace notar las Naciones Unidas, las violencias no se confinan a los campos de batalla, sino que entran en los hogares y en las comunidades, atentan contra la dignidad y la integridad personal.

El horizonte de desigualdades y carencias que se percibe, asusta.

Asusta por las víctimas, asusta por sus victimarios insaciables y por el destino del género humano que se

juega sus potencialidades, aparentemente infinitas.

La Organización Mundial de la Salud establece algunos supuestos sobre los vínculos probables entre el presente modelo de desarrollo y la emergencia de conflictos bélicos (Organización Mundial de la Salud), siendo éste el incremento de las desigualdades, que se ven magnificadas por:

La contemporización del Estado; creciente privatización; decremento de las redes sociales de seguridad; reducción del tamaño del sector público.

Crecimiento en el grado de privación relativa; creciente competencia sobre los recursos y la mayor disponibilidad de armas.

Incapacidad del Estado para manejar los desafíos políticos y de

mantener el control sobre el uso de la fuerza.

Elaborado en torno a este esquema, hay algunos factores que derivan del modelo de desarrollo actual y que han sido reconocidos como detonantes de conflictos armados. Ya la Plataforma de Acción, producto de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (Beijing, 1995),

coincide con la Organización Mundial de la Salud en considerar la exacerbación de las hostilidades "por gastos militares desmedidos y el comercio

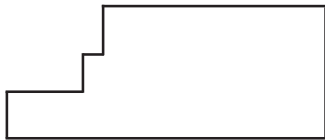
de armas". Considera asimismo "la ocupación extranjera" como una fuente de conflagración, hecho que ha podido constatar una vez más en la crisis del Medio Oriente. Cabe recordar que una de las preocupaciones fundamentales de los movimientos y políticas igualitarias han coincidido con la Carta de las Naciones Unidas en considerar la paz y el respeto por los derechos humanos como el fundamento de todos los logros sociales, incluyendo aquéllos que atañen a la igualdad de género. La Plataforma de Beijing hace de "la mujer y los conflictos armados" uno de los ejes estratégicos de su agenda, al enfatizar que "la paz está indisolublemente unida a la igualdad entre las mujeres y los hombres y el desarrollo".⁹¹ Un modelo de desarrollo que exagera los factores detonantes del conflicto armado, de la destrucción ambiental y de la enajenación de los seres humanos no puede ser el modelo adecuado.

Si deseamos un escenario alternativo, quizá el primer punto a abordar es el de los valores en que se sustenta el modelo actual: hoy en día, el

mundo del empleo y el mundo en su totalidad parecen movidos por una sola fuerza, por un único conjunto de valores y objetivos, por una misma dinámica envolvente y exclusivista que favorece y privilegia despiadadamente la competencia y el lucro y frente a los cuales los seres humanos, hombres y mujeres, pierden relieve, dejan de ser importantes, dejan de contar como fines o metas del desarrollo y del crecimiento económico para transformarse en elementos de un sistema desprovisto de humanidad.

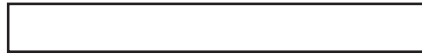
Y una reflexión más de las tantas que cabe plantearse: ¿qué impacto tendrá la imposición de un paradigma en un mundo cada vez más integrado y, al mismo tiempo, cada vez más homogéneo, en el que la diversidad cultural se va erosionando a la par que la diversidad biológica? La imposición de un paradigma es un acto de poder, quizá más peligroso que todas las otras imposiciones, porque dificulta o se constituye en barrera a la generación de paradigmas alternativos. Este vacío de alternativas y de sistemas de valores en torno a los cuales construir un tejido social diferente es un vacío que se hace imperativo llenar. Existe una tradición histórica en generar e imponer los paradigmas desde el Norte, minoritario y rico. Este Norte busca justificar ideológicamente sus privilegios y mantener vigente y siempre presente el sistema de valores en que se apoya. En un sistema global y cada

vez más interdependiente, resulta básico definir un “futuro deseable” o “futuros deseables” para la humanidad y no para una parte privilegiada de ella.



Es sabido que en todo proceso de desarrollo hay una velocidad y una dirección.⁹² La medición de la velocidad, por medio del crecimiento del gnp y del intercambio comercial, son los indicadores privilegiados por las publicaciones técnicas. Los problemas relativos al hacia dónde se dirige este modelo son menos elegibles como temas de discusión o, si lo son, se les enfoca en forma puntual, como si fuesen dimensiones independientes y no parte de un proceso común, enraizado en el patrón de desarrollo actual. La pregunta acerca del destino de este modelo, si proyectamos las tendencias actuales hacia el corto, mediano y largo plazo, no parece haber sido dilucidado. La pregunta crucial que resta plantear es: ¿continuará la tendencia hacia el incremento de las desigualdades entre regiones, entre estratos poblacionales, entre etnias, grupos etarios y entre géneros? Los objetivos de lucro y los intereses privados, ¿continuarán destruyendo poblaciones, causando genocidios, destruyendo a nuestros niños y nuestros jóvenes y bloqueando así las perspectivas futuras? Los mismos objetivos e intereses y los grupos de poder que los sustentan, ¿continuarán contaminando el planeta, amenazando la diversidad biológica y alterando los ciclos naturales? ¿Continuará este sistema obliterando nuestra capacidad crítica, nuestro poder creativo, nuestra capacidad de generar visiones alternativas y de influenciar el destino de nuestra civilización?

Pareciera básico identificar los elementos determinantes de esta carrera frenética hacia la concentración de beneficios, exclusión e inseguridad de sectores significativos de la población mundial, a fin de poder actuar sobre ellos. Descubrir los mecanismos de la desigualdad, identificar el



motor que orienta este proceso
que ha avanzado en forma soste-

nida en la misma dirección, representa un aspecto fundamental para la planificación del desarrollo en todos los ámbitos, así como para el surgimiento de una conciencia crítica y la orientación de ésta hacia la generación de alternativas de desarrollo viables, centradas en los seres humanos.

Con el advenimiento del nuevo milenio se han puesto en marcha iniciativas de inmenso costo y despliegue de acuerdos y mediciones. Éstas han tendido a paliar y reducir deficiencias y carencias, buscando soluciones a nivel del síntoma (hambre, desnutrición, sida, mortalidad infantil, deterioro ambiental y otros). Los mecanismos subyacentes a estos síntomas que constituyen la negación del progreso humano siguen pertrechados tras un muro de silencio y de ambigüedades.

Y, acercándonos al meollo mismo del proceso en curso, ¿cuáles son los actores sociales del proceso vigente?